

ESTUDIOS TEOLOGICOS Y FILOSOFICOS

CHARLES DE KONINCK: <i>SOBRE EL CARACTER DELIBERADAMENTE AMBIGUO DEL LENGUAJE FILOSOFICO</i>	9
MARIO JOSE PETIT DE MURAT, O. P.: <i>CARTA A UN TRAPENSE</i>	19

NOTAS Y COMENTARIOS

ALBERTO GARCIA VIEYRA, O. P. <i>MATER MI- SERICORDIAE. LA MATERNIDAD ESPIRITUAL DE MARIA Y EL EJERCICIO DE LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO</i>	39
JULIO MEINVIELLE: <i>PELIGROS DE UN POSIBLE CRISTIANISMO REENCARNADO. A PROPOSITO DE LOS SACERDOTES OBREROS. ACTUALIZACION DE UNA TEOLOGIA DEL MISTERIO ENCAR- NADO</i>	45
<i>BIBLIOGRAFIA</i>	63

AÑO II - TOMO II - N° 1

BUENOS AIRES

1960

PELIGROS DE UN POSIBLE CRISTIANISMO REENCARNADO

A propósito de los sacerdotes obreros

Actualización de una teología del Misterio Encarnado

La decisión de la Santa Sede, por conducto de la Congregación del Santo Oficio con fecha 3 de julio de 1959, respecto a los sacerdotes obreros, reactualiza un problema cuya significación debe, a su vez, ser contemplada dentro de la vasta problemática que plantea el catolicismo en Francia. En efecto, sabido es que en los católicos de Francia, se siente, desde hace más de un siglo, un malestar de lucha y división que ha recrudecido en los últimos cinco lustros. Jacques Marteaux ha publicado, con el título de "La Iglesia delante de la Revolución Marxista", dos gruesos volúmenes, donde se hace la historia de los católicos en la inquietud (1936-1944) y de los católicos en la tormenta (1944-1958). Allí se señalan y puntualizan los graves escollos del actual catolicismo francés que ha culminado con el resonante asunto de los sacerdotes obreros. No nos vamos a detener aquí en el historial de los hechos. Los suponemos ampliamente conocidos. Vamos sí a tratar de determinar la causa profunda que, a nuestro parecer, da explicación cumplida de los mismos que aparecen luego por la superficie. Para ello, vamos a examinar dos artículos, a nuestro entender extraordinariamente reveladores, publicados en la *Vie Intellectuelle* de febrero de 1954, y que conservan toda su actualidad aunque no fueran en su momento, suficientemente analizados como se merecen. Uno es de M.-D. Chenu, O. P., dedicado al problema de "El sacerdocio de los sacerdotes obreros" (ibíd., págs. 113-130), y el otro, del gran teólogo Yves Congar, O. P., que se intitula "Jesucristo en Francia" (págs. 175-181).

El artículo del P. M.-D. Chenu

El P. M.-D. Chenu se ocupa en determinar la naturaleza del sacerdocio de los sacerdotes obreros. Señala primeramente las funciones esenciales del sacerdocio en general, "la adoración de la oración, la celebración del sacrificio de la misa, el ministerio de los sacramentos, la enseñanza catequística y pastoral" y sobre todo "el fundamento y el principio vital de estas funciones", es decir, "el testimonio de la fe, como primer acto de la Iglesia de Cristo en el mundo". El P. M.-D. Chenu muestra a continuación cómo este testimonio de la fe "se presenta primeramente como el choque de un "Kerygma"¹, cuyo valor se ostenta frente al no cristiano,

¹ Proclamación por heraldo. Palabra empleada en el Nuevo Testamento para designar el mensaje Evangélico.

antes de que sea cuestión de "didajé" (catequesis organizada), antes de que sea cuestión de sacramento" (pág. 177).

Después de haber analizado esta primera función del sacerdocio y su importancia en una tarea propia de evangelización, el P. M.-D. Chenu muestra que "la Iglesia está en estado de misión" con respecto al mundo obrero, "el mundo nuevo que se construye" (pág. 177), porque "la Iglesia obrero, "el mundo nuevo que se construye" (pág. 177), porque "la Iglesia es literalmente, para el mundo obrero, una extraña" (pág. 180). Y cualesquiera sean, añade, "las modalidades de un estatuto que se establezca, aparece que este ministerio está regido por un acto primero (y muy difícil) de *presencia* (en el sentido fuerte que damos hoy a esta palabra): una presencia de Iglesia que sólo realiza, en las circunstancias, una comunión de vida. "¿Cómo bautizar una civilización si no se entra dentro de ella?" (*ibíd.*). En su estudio, asépticamente objetivo, el P. M.-D. Chenu intercala este párrafo sumamente revelador: "¿Cómo no advertir que, más allá del caso de los sacerdotes obreros, se levantan reservas, y aún sospechas, contra un cierto estatuto misionero del sacerdocio? Es claro que, en su eje misionero, la Misión de Francia, está llevada a señalar el primado de la evangelización propiamente dicha con respecto a las funciones de culto, no ciertamente para tratarlas de secundarias, sino para llevar el mensaje al no cristiano, mensaje que conducirá en seguida a este pueblo a la vida sacramental y, como se dice, a las prácticas; y no viceversa" (pág. 177).

Este análisis del P. M.-D. Chenu no deja de ser inquietante. El lector queda desconcertado. Porque si esta teología fuera correcta, ¿cómo entender la decisión reciente del Santo Oficio que quiere mantener la concepción tradicional del sacerdocio católico? "En efecto, dice dicha decisión, esencialmente para ejercer las funciones sagradas es ordenado el sacerdote: ofrecer a Dios el Santo Sacrificio de la misa y la oración pública de la Iglesia, distribuir a los fieles los sacramentos y la palabra de Dios. Todas las demás actividades del sacerdote deben estar ordenadas, en alguna manera, a estas funciones o derivar como consecuencia práctica de las mismas, y todo aquello que es incompatible con ellas debe ser excluido de la vida del sacerdote. Es cierto que el sacerdote, como los Apóstoles, es un testigo (*Hechos* 1, 1-8). Pero para testimoniar la Resurrección de Cristo y su Misión divina y redentora. Además es ante todo por la palabra como debe dar testimonio, y no por el trabajo manual cumplido en medio de los obreros, como si fuera uno de ellos".

En el presente caso, la Santa Sede quiere que los sacerdotes vayan a los medios de los trabajadores obreros, como sacerdotes, con todas sus funciones de tales, para efectuar allí una presencia activa de conquista para la Iglesia. La Santa Sede no entra dentro de la concepción teológica del P. M.-D. Chenu de imaginar que el mundo obrero es "una civilización" (pág. 181), "el mundo que se prepara" (*ibíd.*), "un mundo prodigiosamente nuevo" (pág. 180), "el mundo nuevo que se construye" (pág. 177), y que, en consecuencia, exige un tipo nuevo de sacerdote, que tenga otro tipo de espiritualidad que "la espiritualidad sacerdotal difundida entre nosotros", que "ha sido construída a partir de un ministerio de cristiandad establecida" (pág. 178). Tampoco entra, por la misma razón, en toda esta teoría de que esta nueva civilización obrera debe ser acometida por la Iglesia como un mundo extraño, con el cual debe establecerse contacto por un mero acto de pura presencia, antes de efectuar ninguna acción estrictamente evangelizadora. Porque, ¿qué es esta *presencia*, "con frecuencia silenciosa en palabras, pero siempre en acto, de una verdadera

evangelización y del rostro entonces visible de la Iglesia?" (pág. 181). Porque, ¿si el sacerdote presente en ese medio obrero no predica, no reza, no celebra, no dispensa los sacramentos de santificación, de qué manera ejerce la acción santificadora de la fe de la Iglesia? El Apóstol nos dice que *fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi* (Rom. 10, 17), pero, ¿cómo puede darse testimonio de la fe si se inhibe uno deliberadamente de hacer resonar el "Kerygma"?

Los puntos del artículo del P. M.-D. Chenu: —sacerdotes obreros, nueva civilización, estado misionero de la Iglesia, un nuevo cristianismo y un nuevo sacerdocio en la nueva civilización— están ligados entre sí, por la coherencia de una teoría; y al no estar ésta explicitada, el lector puede ser inducido a formarse una pobre idea de las directivas de Roma. Pues si tal el significado del sacerdocio de los sacerdotes obreros que, como apóstoles de choque, toman contacto con este mundo obrero que es una civilización que se prepara, ¿por qué oponerse a esa acción de presencia y de testimonio de la fe?

Y esta pregunta podía a su vez determinar esta otra: ¿Realmente los sacerdotes obreros cumplían función de presencia de la Iglesia en el mundo obrero? ¿Acaso al unirse en comunión de vida en este *mundo obrero-civilización* no se hacían solidarios del principio espiritual que animaba este mundo obrero, a expensas del testimonio de fe de la Iglesia?

El artículo del P. Y. Congar

El artículo del P. Y. Congar nos va a revelar en qué contexto hay que situar este asunto de los sacerdotes obreros. *Jesucristo en Francia*, título del artículo, dirigido a exponer "los problemas esenciales, a los cuales tiene que hacer frente la Iglesia entre nosotros, a partir de qué datos y con qué consecuencias" (pág. 113). "quiere servir de respuesta a la cuestión que de nuestros amigos del extranjero, dice el P. Y. Congar, se plantean con frecuencia a nuestro propósito: ¿decadencia, crisis inquietante o renovación y vitalidad, llena de promesas"? (*ibid.*, pág. 114).

Todo el artículo del P. Y. Congar está dominado por lo que él llama "nuestra toma de conciencia nueva, principio de nuestro despertar", la cual "es el fruto de dos movimientos sucesivos y opuestos: primero, las experiencias severas de un medio siglo de historia (1876-1914); luego, una experiencia de contacto, una aceptación "du brassage", después de un diálogo, y lo que de allí ha seguido; nuestra salida del ghetto y el descubrimiento de un mundo, de aquel mismo al que somos "enviados", y de la profundidad, de cuyas verdaderas dimensiones no teníamos verdadera conciencia" (*ibid.*, pág. 115). Este mundo nuevo, cuya inmensidad ha sido descubierta científica y proféticamente, ha mostrado asimismo su densidad: "otros mundos espirituales con su consistencia propia, sus valores, y que ignoran completamente al nuestro". "Existen al menos, dice el P. Y. Congar, dos de estos mundos, que no dejan de tener relación entre sí aunque permanezcan distintos, el mundo laico y el mundo proletario" (pág. 116).

Frente a estos mundos espirituales se pueden adoptar dos actitudes que coinciden con "la profunda división de los católicos franceses, que data de la mitad del siglo o aún ya de 1830-1831 (*L'Avenir*)". "Ha habido, de un lado, los que, previas las purificaciones necesarias, querían aceptar

su siglo, y los que se negaban obstinadamente. La división existe todavía, aunque la proporción de los campos ha cambiado profundamente; está, sin lugar a dudas, acompañada de cierto "malestar" de muchos, debido al hecho de que aquellos que están *contra* usan ampliamente de la denuncia secreta a Roma, verdadera enfermedad, al punto en que el procedimiento se ha difundido; enfermedad específicamente francesa" (página 117).

El P. Y. Congar caracteriza el catolicismo francés actual, como hemos visto más arriba, como una formación, sofocada durante el Pontificado de Pío X², pero que después de 1914, y particularmente después de 1945³, adquiere categoría y derechos propios. El catolicismo francés, de que habla, no está entonces constituido por todas las manifestaciones históricas del catolicismo en Francia, sino por el de una fracción. Por la de Lacordaire que excluye la del Cardenal Pie y de Louis Veuillot; por la del modernismo y sillonismo que excluye la del Cardenal Billot y del R. P. Le Floch; por la de la *Resistance*, la *nouvelle théologie* y de los *prêtres-ouvriers* que excluye la otra mitad de Francia, con el R. P. Garrigou-Lagrange, O. P., *La Pensée Catholique* y el movimiento de *Verbe*.

Veamos qué se propone este catolicismo "abierto" y "adulto" (*Ibid.* pág. 113) de la Iglesia de Francia. "La gran preocupación, escribe, de la Iglesia de Francia consiste en estar efectiva y dinámicamente presente en este universo y en estos hombres, en vista de Jesucristo... Es imposible hablar de otro modo de la situación así creada sino en términos de misión (pág. 118). Situación misionera que puede definirse como: "estar con, como Iglesia, en vista de Jesucristo" (pág. 119). Y en el caso de la misión en el mundo obrero, "estar con él, aun como Iglesia", no es posible, "sin acompañarlo en un combate con respecto a las exigencias del Evangelio y de la liberación" (*Ibid.*). "No se puede evitar de plantear la cuestión del sentido cristiano de la historia... no se puede tampoco evitar el encuentro con el marxismo, no sólo como teoría, sino como fermento concreto de la lucha obrera, cotidianamente presente y activo" (*Ibid.*). Porque no basta "decir *no* dogmáticamente al marxismo sino que hay que llegar al mundo marxista, estar con él, como Iglesia, en vista de Jesucristo, en sus cuestiones, en sus respuestas y en sus esperanzas falsas o semi-falsas" (*Ibid.*). "Existe el mundo moderno y ya, en su seno, un mundo nuevo quiere nacer, cuyos caracteres se anuncian con bastante nitidez: las condiciones de vida serán allí ampliamente socializadas, tecnizadas. Corresponderá ciertamente a los cristianos hacer valer allí las exigencias de la persona... Pero deberán aceptar este mundo para poder dar a luz la respuesta y la salvación de Cristo en él, al nivel y según las dimensiones de sus requerimientos" (pág. 123).

Para llevar el mensaje cristiano a ese mundo "hay que entrar por abajo" (pág. 124), llevar el testimonio respetando "la pureza evangélica y la autenticidad humana" (pág. 125). Ello ha de exigir "la búsqueda de un cristianismo "adulto" y además, la búsqueda correspondiente de un tipo de sacerdote cuyo sacerdocio no sea sólo ritualista, sino profético, verdaderamente adulto, también él..." (pág. 125). "En el catolicismo francés actual, en sus sectores de movimiento, al menos, existe un ansia de

² Es muy sugestivo a este respecto el Apéndice III, *Mentalité "de droite" et intégrisme en France, en Vraie et Fausse Réforme dans l'Eglise*, del mismo P. Y. Congar.

³ *Ibid.* p. 609

alcanzar a los hombres reales y a sus problemas, presentarle un cristianismo "válido" (valable)". No sólo "verdadero" sino también "válido" (página 126). "Hay que alejarse cada vez más de un catolicismo monolítico, de un tradicionalismo clerical" (pág. 127) para "tratar de hacer nacer de nuevo el catolicismo como respuesta, en el seno del mundo donde recibe una tarea inédita de la mano de Aquel que es dueño de la historia. Permanecer la Iglesia de siempre haciéndose la Iglesia de nuestro tiempo" (pág. 129).

En definitiva: "El gusto de la sinceridad, la búsqueda de lo auténtico humano, de lo "válido", con lo que esto comporta eventualmente de menor consideración por lo en sí, la apertura misionera y "el paso de los bárbaros", es decir, la aceptación de un mundo nuevo, han dado al catolicismo francés una nueva fisonomía" (pág. 127).

El problema que consideran M.-D. Chenu e Y. Congar puede plantearse en términos más universales y comprender la manera según la cual debe el catolicismo relacionarse con el mundo "moderno", entendiendo por tal no una mera situación cronológica, sino la realidad "espiritual" que nace del iluminismo y se opone al espíritu de la Iglesia. El Canónigo A. Dondeyne, de la Universidad de Lovaina, acaba de exponer en el número del 1 de Septiembre de 1959 de *Informations Catholiques Internationales*, en un artículo breve pero muy sugestivo, cómo deben los cristianos hacer valer su fe religiosa en este mundo "moderno" sin caer en la tentación de pretender que la Realeza Universal de Cristo haya adquirido derechos sobre la íntima realidad del mundo profano que, en consecuencia, le sería totalmente ajeno y extraño.

Hemos querido exponer el pensamiento de los teólogos de este nuevo catolicismo, con sus propias palabras, aunque sean largas las citas, para reflejarle con fidelidad. Al formular nuestro juicio crítico de este pensamiento, descubriendo sus articulaciones internas y su dinamismo profundo, no quisiéramos que el lector, atento exclusivamente al desarrollo lógico de nuestra crítica, subestimara el esfuerzo altamente meritorio de este catolicismo por ponerse en contacto con los problemas modernos y el valor y riqueza de los magníficos estudios que realiza en las más variadas manifestaciones de la actividad intelectual y pastoral. Nuestra crítica, reconociendo estos grandes méritos, quiere ceñirse a señalar un *espíritu*, un *sentido*, una *teoría* peligrosa y falsa que preside este pensamiento y que, sin percatarse sus autores, pone en peligro la validez de una labor, por otra parte, sumamente laudable.

Un cristianismo reencarnado

El problema, salta a la vista, está en ver si este nuevo catolicismo de *pureté évangélique* es el cristianismo de siempre o es *otro distinto* de aquel del "Kerygma", de Cristo, predicado por los Apóstoles, vivido y pregonado por la Iglesia. Esto nos va a obligar a recordar verdades elementales de la fe cristiana pero cuya fuerza puede debilitarse en una exposición más literaria que teológica.

Nosotros sostenemos que en la primerísima predicación, cuando, según refiere San Mateo (4,7), después de la tentación "comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos, porque se acerca el reino de Dios", ya aquí, en lo más substancial y denso de "Kerygma", está todo un orden

cristiano que busca apoderarse de la totalidad del hombre en sus manifestaciones interiores y exteriores, privadas y públicas y lo dirige en la totalidad de su vida hacia el Padre que está en los cielos. El hombre cristiano no puede ser laicista, liberal ni socialista. Hay un valor supremo y trascendente que debe conformar toda su vida privada y pública, y hacerse inmanente en ella. Por esto la oración del cristiano debe ser: "Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre; venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra" (*Mt.* 6, 10). La norma de su vida la da Cristo: "Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura" (*Ibid.* 6, 23); y el primer mandamiento, en el cual está toda la ley y los profetas, le impele igualmente a dirigir hacia Dios la totalidad de su vida: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente (*Ibid.* 22, 37). La primera predicación y el primer milagro apostólicos se hacen en nombre de Jesús porque "El es la piedra angular y no hay en ningún otro salud, pues ningún otro hombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvados" (*Act.* 4, 10). San Pablo, a su vez, predica el plan de Dios en palabras definitivas: "ya el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya lo presente, ya lo venidero, todo es nuestro; y vosotros de Cristo y Cristo de Dios" (*I. Cor.* 3, 22).

En este núcleo germinativo del "Kerygma" está todo el orden de la vida humana con sus estructuras de familia, sociedad y poder orientados hacia la Iglesia de salud. No hay neutralidad frente a Jesucristo en los problemas y en las realidades propiamente humanas. La civilización, como civilización, también debe estar orientada a Jesucristo y no puede ser laicista, neutra, liberal ni socialista. El "Kerygma" tiene una fuerza expansiva poderosa porque se apodera de lo más íntimo y decisivo de cada hombre y lo dirige y ordena hacia Jesucristo; tiene también una fuerza poderosa en extensión porque se apodera de cada hombre, cualquiera sea su puesto en la escala social, cualesquiera sean sus actividades, o su condición entre las razas y familias humanas, o en el tiempo.

El "Kerygma" debe ser abrazado por todos y cada uno de los hombres, si quieren éstos obtener su salud eterna, y aun la temporal que se da por añadidura para los que buscan la eterna. El "Kerygma", arrojado como un ímpetu misionero debe incendiar todas las cosas a través de la historia y transformarlas en el reino de Dios. El "Kerygma" es una *norma* que debe encarnarse en la vida de los hombres y que, al encarnarse, transforma toda esa vida purificando lo natural y transfigurándolo por la elevación de nuevos y sobrenaturales aportes. El "Kerygma", al encarnarse, logrará una realización más o menos perfecta según la plasticidad de los hombres; pero, en sí mismo, no puede sufrir ninguna mutilación. "Si algún ángel del cielo —dice el Apóstol (*Gal.* 1, 6) — os predica un evangelio distinto del que os hemos anunciado, sea anatema".

El "Kerygma" de Cristo se apoderó de los hombres con la predicación de Cristo y la de los apóstoles y se convirtió en el reino que es la Iglesia. Esta predicación tendió a incorporar dentro de la Iglesia para Cristo y para Dios a todos los hombres y a todo lo del hombre: lo interior y lo exterior, lo privado y lo público y también la fuerza pública de los Estados. Porque como enseña el Apóstol (*Rom.*, 13, 1 y sig.): "Todos habéis de estar sometidos a las autoridades superiores, que no hay autoridad sino por Dios... la autoridad es el ministro de Dios para el bien..." tendió a incorporar todas las estructuras temporales, rectificándolas si sufrían de defor-

maciones que contrariaban el orden de la razón y transfigurándolas luego, y como elevándolas al servicio de Dios, de Cristo y de la Iglesia.

Lo importante es señalar que el "Kerygma" contiene en su fuerza interna expansiva estas determinaciones que no logran ser actualizadas desde un primer momento pero que pueden alcanzar un desarrollo y realización histórica plena si la malicia de los hombres no se opone a ello. El "Kerygma" es por su naturaleza radical y esencialmente opuesto a la laicización de la vida y a la laicización de cuanto comporte un valor humano.

Sabido es que de hecho el "Kerygma" ha logrado transformar individuos, pueblos, reinos y naciones, dándonos lo que se ha denominado una cristiandad y una civilización cristiana. El "Kerygma", en cuanto es de su naturaleza y virtualidad tiene fuerza y expansión para ello y, si no siempre lo logra, es porque se le hace resistencia y se le impide su natural expansión. Presentar al "Kerygma" como desprovisto de eficacia para transformar también a los pueblos, naciones, estructuras temporales de familia, trabajo, y la fuerza pública de los Estados, sería alterarlo y mutilarlo, predicando otro evangelio distinto al de Cristo y al de los Apóstoles.

Veamos si no hay algo de esto en los P. M.-D. Chenu e Y. Congar, al proponer un catolicismo francés que se ha de caracterizar por lo que nosotros llamamos un cristianismo reencarnado. Primera afirmación: Hay que buscar un cristianismo de "pureté évangélique", vale decir, desencarnado de cualquier estructura temporal, despojado de cualquiera y de toda determinación que le pueda venir de la historia, sean determinaciones feudales, burguesas, o del apoyo de la autoridad pública; sean incluso de progreso de la reflexión teológica o del progreso vital que adquiere en el tiempo la Iglesia. Segunda afirmación: Este cristianismo puro, así destilado, debe ser encarnado luego en el nuevo mundo que se prepara, en la civilización obrera que quiere nacer del seno de la actual civilización en que vivimos. Tercera afirmación: Luego, es necesario preparar apóstoles de choque que, llenos de aquel cristianismo destilado, tomen contacto, por una acción de pura presencia, en estos nuevos mundos espirituales, para hacer penetrar en ellos "par en bas" aquel cristianismo destilado.

Hay en este proceso una doble acción: una primera, de desencarnación; una segunda, de encarnación. Una primera de desencarnación, para descubrir el pretendido elemento esencial del "Kerygma" cristiano; una segunda, de encarnación, para hacer penetrar este "Kerygma" descubierto en sus elementos puros y esenciales en las nuevas estructuras temporales.

Pero aquí surge una cuestión: ¿Por qué efectuar una destilación del cristianismo antes de encarnarlo en las nuevas estructuras temporales? Tiene que existir una razón que fuerce a esta acción previa de destilación y de desencarnación. Porque el trabajo misionero, que nunca ha dejado de cumplir la Iglesia, no es sino llevar el "Kerygma" a mundos donde no ha penetrado aún. Pero ese "Kerygma" es llevado por una Iglesia, o miembros de la Iglesia que viven de ese "Kerygma", vale decir, que lo han encarnado en su vida. Porque como reconoce el mismo P. Congar, "un catolicismo en-sí..., por lo demás, nunca ha existido ni existe en el estado puro" (*Ibid.*, pág. 126). La razón tiene que estar entonces en que ese "Kerygma" encarnado en sus portadores no se adecúa o proporciona a las nuevas estructuras temporales en donde se quiere hacerlo penetrar. Pero habría que averiguar previamente si no se adecúa en razón del "Kerygma" que tiene una estructura interna determinada que se opone a esas otras estructuras temporales o si no se adecúa en razón de los que lo aportan.

Suponer esto segundo sería hacer injuria a la obra misionera de la Iglesia en sus dos mil años de historia. Sería acusar a la Iglesia de aportar su mensaje con otros elementos que no son los de su contenido interno. La Iglesia no habría predicado a Cristo crucificado a los pueblos, sino a *Cristo crucificado en el orden romano de la autoridad cesárea*, o a *Cristo crucificado en el orden feudal*, a *Cristo crucificado en el mundo de la burguesía y del capitalismo*. La Iglesia se habría aliado y como inficionado con elementos espúreos que habría introducido en el Mensaje. La Iglesia no predicaría hoy el auténtico "Kerygma", sino uno mezclado de elementos espúreos, de los que debe ser previamente purificado. Estaríamos aquí, si esto fuera exacto, ante un nuevo protestantismo. Mons. Chappoulie, obispo de Angers, lo denunciaba cuando decía: "Yo puedo engañarme —y no sería la primera vez—, pero me parece que entre los laicos católicos y aún entre ciertos sacerdotes, existe un cierto viento de protestantismo, laicos y sacerdotes que no tienen una idea exacta de lo que es la Iglesia, de lo que es el sacerdocio. Se desvían y es difícil volverlos a la ruta (*Doc. Cat.* 7, 2, 1954).

Aquel "Kerygma" se encarnó, es cierto, en aquellas estructuras, pero quedó uno y el mismo, a pesar de los cambios que en ellas han sobrevenido. Por lo mismo que él no cambia, a pesar del cambio de las estructuras, puede comunicarse de unas a otras. Porque, aunque pertenezcan a condiciones determinadas de una civilización, no transmiten estas condiciones —al menos como hecho general de la Iglesia que puede revestir excepciones en algunos casos— sino que transmiten el "Kerygma". Luego no es necesario desencarnarlo para luego encarnarlo; a no ser que bajo la apariencia de una pretendida necesidad de desencarnar el "Kerygma", se lo quiera alterar y modificar. Y esto es lo que acaece en el caso presente.

Bajo la apariencia de un "Kerygma" de "pureté évangélique" se busca uno de tal estructura interna que sea encarnable en el mundo laico-liberal y en el laico-marxista. Un "Kerygma" por tanto, que en su naturaleza no incluya la profesión de la primacía de los derechos de Dios, aun en el orden de la ciudad. Un "Kerygma" que pueda coexistir pacíficamente con una civilización puesta bajo el signo supremo de la libertad —mundo laico-burgués o liberal— o puesta bajo el poder supremo del trabajo manual —mundo laico-proletario o marxista—. En realidad, se busca otro "Kerygma" diferente de aquel de Cristo. Pero para no confesar que se busca otro, se insinúa que el actual debe ser sometido a un proceso de purificación. Porque se lo quiere *laicista*, vale decir, libre de la autoridad pública al servicio de Dios; y de la Iglesia, se habla de la necesidad de purificarlo de la autoridad cesárea; porque se lo quiere *liberal*, pregonan que no lo quieren feudal y porque se lo quiere igualitario y marxista, pregonan que no lo quieren burgués.

El cristianismo reencarnado, un cristianismo de la Revolución

Las tres afirmaciones con las que hemos caracterizado el cristianismo reencarnado del actual catolicismo francés constituyen el *leit-motiv* de toda la literatura que ha comenzado después de la guerra con la *France, pays de mission*. Las tesis fundamentales de esta literatura han sido formuladas a su vez, con tono pretendidamente filosófico en el *Humanisme Intégral*,

de Maritain y en el movimiento *Esprit*, de Mounier, hace ya casi un cuarto de siglo. Este pensamiento había sido incubado por el modernismo y el sillionismo en la generación del primer decenio del siglo; y si quisiéramos remontar hasta su creador, nos encontraríamos con su primer y brillante expositor, Lamennais, el centenario de cuya muerte se cumplió en el 54. En los artículos de *Avenir* y de modo particular en el del 28 de junio de 1831 que lleva el título *L'Avenir de la société* y en el del 30 de junio del mismo año, con el título *Ce que sera le catholicisme dans la société nouvelle*, expuso magistralmente Lamennais este nuevo catolicismo.

Cabe ahora esta cuestión: ¿Por qué en los medios católicos de toda una nación aparece precisamente después de la Revolución Francesa y no antes, este catolicismo reencarnado? Precisamente porque, por efecto de la Revolución, la nación francesa ha dejado de ser cristiana en su legislación y en sus instituciones, vale decir, en sus estructuras temporales civiles y públicas. La Revolución Francesa no ha tocado la esencia del cristianismo como hacen las herejías sino que se ha apoderado de la vida civil y pública de Francia, la ha vaciado del cristianismo y le ha inculcado un nuevo espíritu, que es el de la Revolución. Espíritu de rebeldía ante Dios, pues sólo cuentan los derechos del hombre y no los de Dios —*laicismo*—; espíritu de autonomía libertaria en el pensar y hacer lo que el hombre quiera —*filosofismo y liberalismo*—; y nivelación progresiva igualitaria —*socialismo y comunismo*—.

Frente a estas estructuras sociológicas nuevas, ¿qué hace el cristianismo? Si las repudia en nombre de la fe, y promueve una acción reivindicatoria exigiendo que la legislación y la vida pública se conformen a los dictados de Dios, de Cristo y de la Iglesia, se expone al riesgo de quedar al margen de la vida civil y pública de Francia, ya que estas instituciones se han solidificado y han alcanzado categoría de realidades de la misma nación. El Estado y aun la vida civil francesa pueden mirar y miran como intrusos y enemigos a estos cristianos que pretenden alterar lo que parece ser su actual sustancia. Institivamente se produce como un repudio de estos cristianos que son apellidados con los nombres de *integristas, tradicionalistas y reaccionarios*.

Por ello, los cristianos pueden verse forzados por la imposición de la realidad social a aceptar estas nuevas estructuras profundamente anticristianas y a conformarse con ellas. Pero en este caso uno de los dos términos que se quieren conciliar habría de sufrir una alteración. Porque el "Kerygma" es tal, en su contenido interno, que por su naturaleza exige la afirmación de los derechos de Dios, de Cristo y de su Iglesia en todas las manifestaciones de la vida; y, en cambio, esas estructuras temporales son en su misma sustancia, laico-liberales, laico-comunistas, repudiando los derechos de Dios.

Si el cristianismo acepta esta segunda solución véase obligado a mutilar el "Kerygma" excluyendo de él como verdad que esté contenida la de los derechos de Dios sobre la vida pública de los Estados y mondándolo en forma tal que pueda ser armonizado con una ciudad liberal o marxista. Esto explica por qué estos "católicos progresivos" y a veces, también "progresistas" renuncian prácticamente a combatir el laicismo, el liberalismo y el comunismo y prefieren en cambio aceptar estas realidades como consumadas, trabajando en crear una *nueva* teología, una *nueva* espiritualidad, un *nuevo* sacerdocio, una *nueva* liturgia, una *nueva* catequesis, adaptada a esta *nueva* civilización.

*El cristianismo reencarnado, un nuevo cristianismo conformado
al sentido de la historia*

Los adeptos del nuevo catolicismo efectúan una transmutación en el mismo "Kerygma". En lugar de ser éste un fuerte núcleo vital que va incorporando a sí sucesivas formaciones históricas, a través de la incorporación de lo más interno del hombre; es decir, una *única* encarnación aunque cumpliéndose gradualmente a través de la historia es, en cambio, objeto de sucesivas encarnaciones —desencarnaciones y reencarnaciones— en conformidad con el fluir cambiante de la historia humana.

La teología apenas ha estudiado la relación de la historia con el mensaje cristiano. Sin embargo, es relativamente sencillo establecer el principio que rige esa relación aunque no pueda siempre formularse en concreto cómo se cumple, pues ello queda reservado a los juicios inescrutables de Dios, único que conoce la escatología de la historia, según la enseñanza del mismo Salvador (*Mt. 24, 36*). Pero el principio ha sido formulado por San Pablo en dos enunciados igualmente sencillos. "*Nadie, pues, dice el Apóstol, 1 Cor. 3, 21, se glorie en los hombres que todo es vuestro; ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas; ya el mundo, ya la vida, ya la muerte; ya lo presente, ya lo venidero, todo es vuestro; y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios*". Y ¿quiénes son este vuestro? Lo aclara el Apóstol, cuando enseña *Sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman, de los que según sus designios son elegidos (Rom. 8, 28)*.

El desarrollo en el tiempo de las cosas creadas, y de modo particular del hombre —*la historia*— se halla atraída por Cristo y los elegidos. Por eso enseña Santo Tomás que "con el movimiento, con el cual Dios mueve las criaturas corporales, se intenta y busca otra cosa que el movimiento mismo, es a saber, completar el número de escogidos, lo cual una vez obtenido, terminará el movimiento (esto es, la historia) aunque no la sustancia del mundo" (*De Pot. 3, 10, ad. 3 y 4*). Luego, aunque no sepamos el cómo, sabemos que la historia gira en torno de Cristo y de sus elegidos y no, al revés, de que Cristo y sus elegidos se hayan de acomodar a las alternativas de la historia. Luego hay una única encarnación de la Iglesia en la historia, aunque ésta se realice sucesivamente. Hablar explícita o implícitamente de reencarnaciones del cristianismo implica una teología *invertida* de la historia. Como si Dios estuviera esperando la Revolución Francesa, el mundo laico-burgués y el mundo laico-proletario para reajustar el reino de Dios y su "Kerygma".

Esta reinversión de la teología de la historia en el cristianismo reencarnado explica el afán de sus teólogos de presentar los movimientos impíos del mundo moderno, como realidades aceptables y benévolas que pueden ofrecer al cristianismo posibilidad de encarnación. En lugar de hacer ver que el diablo, Príncipe de este mundo (*Juan 12, 31; 14, 30; 16, 11*) por medio de sus agentes humanos, toma pretextos de movimientos legítimos de justicia para cumplir la obra anticristiana de la Revolución, estos teólogos se esfuerzan por mostrar que la obra de la Revolución es, en sustancia, un movimiento legítimo de reivindicaciones, con algunos errores anticlericales y laicos, que se han producido precisamente por la incompreensión de los cristianos. La Revolución, el mundo *laico-burgués* que ha seguido luego y el mundo *laico-proletario* que quisiera imponerse ahora, serían de suyo legítimos y buenos, aunque por culpa de los cristia-

nos se habrían desarrollado en un contexto anticristiano e impío. Así la Revolución Francesa sería un movimiento legítimo contra el feudalismo del "Ancien Régime", aunque por culpa de la Iglesia que tomó partido con el mundo feudal, habría adquirido un carácter anticristiano. El marxismo sería fundamentalmente *humano* y buscaría la legítima liberación de las clases oprimidas, aunque habría tomado un carácter anticristiano por culpa de los cristianos que se han enfeudado con este mundo burgués.

De una u otra manera se esfuerzan por legitimar esta tesis con los argumentos utilizados por Lamennais en *L'Avenir* y por Maritain en *Humanisme Intégral* e insinuada por Y. Congar cuando escribe: "...Tratemos de hacer nacer de nuevo el catolicismo como respuesta, en el seno del mundo donde recibe una tarea inédita, de mano de Aquel que es el Señor de la historia (*Ibid.*, pág. 229). Se quisiera insinuar que la historia está en manos de Dios, por donde lo que *históricamente* acaece, de alguna manera Dios lo quiere; luego sería bueno y aceptable y hay que aceptarlo en definitiva. El argumento no puede ser más deleznable. Porque con él puede probarse que mañana, cuando aparezca el Anticristo y la Apostasía Universal, anunciada por Cristo (*Lc.* 18, 8) habría que aceptarlos.

Pero hemos de reconocer que la coherencia del cristianismo reencarnado es perfecta. Porque si en el cristianismo no hay un *único* "Kerygma" que se encarna una *única* vez, aunque sucesivamente y en el correr del tiempo, sino que se reencarna de acuerdo a las diversas situaciones históricas, se sigue que la Iglesia debe estar atenta al sentido de la historia y a los movimientos que en ella se producen con este sentido para conformar el cristianismo con dichos movimientos; se sigue que hoy se impone la aceptación del marxismo como mañana la de la apostasía universal y la del Anticristo y de que los teólogos cumplen adecuadamente su oficio determinando las condiciones del inédito cristianismo marxista.

El cristianismo reencarnado y el marxismo

Los teólogos de este cristianismo reencarnado muestran una disposición benévola con el marxismo. El P. Congar, en un artículo importante en *Témoignage Chrétien* del 25 de setiembre del 53, con el título *L'avenir des prêtres-ouvriers*, escribe: "Habiendo literalmente "desposado" a la clase obrera, han estado con ella en la lucha, humanamente verdadera, e históricamente necesaria, que lleva por su dignidad y su liberación". De manera que en la opinión del P. Congar la lucha obrera en la que está empeñado concretamente hoy el marxismo es *humana* y de *necesidad histórica*. Se sigue entonces que no se debe dar una respuesta *negativa* al marxismo, sino que se le debe aceptar, aunque con algunas purificaciones previas.

Pero el P. Congar parece olvidar que Pío XI en su *Divini Redemptoris* no se contenta con decir *no* al marxismo, dejando sin respuesta las cuestiones a las que quiere responder el marxismo. La Iglesia presenta una solución, en sus líneas esenciales a las cuestiones planteadas por la economía moderna⁴. Pero la solución del marxismo es radicalmente falsa porque se funda en una concepción falsa de la naturaleza del hombre, de su condición, de su destino, y aun de la historia. Si el régimen social del marxismo

⁴ Ver *Conceptos Fundamentales de la Economía*, de JULIO MEINVIELLE, Editorial Nuestro Tiempo. Buenos Aires, 1953.

fuera aplicado, el hombre sería sometido a una situación permanente de terror, como dice Pío XI en la *Divini Redemptoris*⁵.

El P. Congar debiera abstenerse de un lenguaje ambiguo, y especificar cuáles sean las verdaderas cuestiones y elementos válidos en las respuestas dadas por el marxismo. Porque las cuestiones que plantea el proletario moderno, aunque son materiales, son también primeramente espirituales. Y el marxismo plantea mal la cuestión al hacer del problema del proletariado un problema fundamentalmente *económico* y lo resuelve peor por la concepción equivocada de la naturaleza del hombre y de los bienes que pueden satisfacer sus necesidades.

El marxismo es fundamental y radicalmente perverso porque es engendro de una filosofía anticristiana. Los errores de Hegel, de Feuerbach y de Marx se dan cita para plantear mal y resolver peor la situación del "proletariado" que, a su vez, es herencia de una economía materialista que ha olvidado la naturaleza de los bienes de este mundo destinados al perfeccionamiento del hombre, hecho a imagen de Dios.

El magisterio de la Iglesia dice *no* al marxismo porque ningún bien se puede esperar de él y por ello prescribe a los teólogos, también a los teólogos de l'Eglise de France, a no intentar ningún compromiso con él. "El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir que colaboren con él en ningún terreno los que quieren salvar la civilización cristiana". Es cierto que hay que "llegar al mundo marxista y estar con él como Iglesia, en vista de Jesucristo" (*Ibid.* 120) pero precisamente, porque se ha de estar con él como *Iglesia*, no se le ha de alentar en sus ilusiones y errores, sino que se le debe mostrar su perversidad intrínseca y convencerle de que por allí ningún bien, sino males incalculables y el terror permanente, han de sobrevenir.

Es cierto que la historia parece llevar un *sentido* tal que, así como el burgués como primera y dominante figura social sucedió al noble —liberalismo del siglo XIX— y el noble sucedió al clero —*l'ancien régime*— hoy, el obrero sindicado, el proletario-mito, parece querer suplantarlo al burgués. Pero la historia no hace al hombre, sino que el hombre hace la historia. Luego le toca al hombre, y de modo particular a los teólogos que deben cumplir en la sociedad función de iluminación, mostrar cómo ese proceso de *liberación* de unas clases de otras, a pesar de haber coincidido con un gran proceso de invenciones técnicas que debieran haber facilitado la vida humana, nos han dado una sociedad cada vez más intolerable e infernal. Compárase como régimen de convivencia humana el comunista con el capitalista y el capitalista con el precapitalista y será fácil convenirse de que la felicidad y la paz humanas no deben buscarse en una liberación de los obreros frente a los patrones y de los obreros y patrones frente a la autoridad pública y de los tres frente a la Iglesia, sino que, por el contrario, en la colaboración armónica y jerárquica, según la dignidad del valor que representa cada grupo social, la de buscarse la justa, pacífica y deleitable convivencia humana.

Sólo así se cumple bien el combate intelectual y pastoral de nuestro tiempo. La misión de los teólogos es encontrar respuestas válidas a los

5 "Ni se puede decir, enseña Pío XI, que semejantes atrocidades —las cometidas por el comunismo en Rusia, Méjico y España— sean un fenómeno transitorio que suele acompañar a todas las grandes revoluciones o excesos aislados de exasperación comunes a toda guerra; no, son frutos naturales de un sistema que carece de freno interno".

problemas de hoy, pero siempre en estrecha y efectiva unión con la verdad. *Es menester, dice el P. Congar, que sea respetada y asumida la autenticidad de lo humano. El fondo, quizás, de las exigencias nuevas en un país como el nuestro, consiste en una eliminación, incoercible del paternalismo que llega hasta rehusar aceptar el mismo bien si quisiese imponerse desde arriba.* Pero el teólogo debe precisar cuidadosamente estas cosas, porque es muy posible que bajo el rechazo del paternalismo se quiera rechazar toda autoridad, todo intercambio y comunicación de valores entre las distintas clases sociales, y aun del mismo orden sobrenatural. El espíritu de rebeldía y de autosuficiencia puede disimularse fácilmente, y ello es verificable en muchas manifestaciones sociales, en un, al parecer legítimo, rechazo del paternalismo.

*El cristianismo reencarnado trabaja para convertir a
Francia en país de misión*

Un cristianismo reencarnado que acepte el mundo laico-burgués y el laico-proletario se inhibe de combatir el laicismo que es la verdadera y profunda causa del malestar contemporáneo. Por otra, al aceptar esos dos mundos espirituales laicos y anticristianos, otorga como patente de legitimación y de derecho a la descristianización, que no es sino otro vocablo con que se designa al laicismo.

En realidad, los adeptos del cristianismo reencarnado sufren de un complejo de inferioridad en su condición de católicos. Porque si Dios es el valor supremo que está por encima de la vida humana, atrayéndola toda hacia sí, ¿cómo pueden erigir otros ídolos —la libertad, el trabajo, la ciudadanía—? En rigor no se atreven a proclamar el dogma de la realeza de Cristo. Este dogma les crea un complejo de inferioridad; no se atreven a proclamarlo y cuando lo proclaman, lo llenan de tantas explicaciones que Cristo acaba por no ser Rey. Un destacado religioso intelectual francés que predicaba en la Basílica de Montmartre sobre la Realeza de Cristo el día de esta fiesta, tuvo más empeño en explicar cómo no había que exagerar en la profesión de este misterio que en explicar el misterio mismo.

Pero no hay que llamarse a engaño. El poder público y la legislación de un pueblo nunca pueden ser neutro. En el orden existencial concreto, o se emplean para estimular y alentar una concepción de vida conforme al Evangelio, u otra, al margen del Evangelio. Sobre todo hoy, que el Estado moderno dispone de poderosos medios para influenciar sobre la educación, la familia, la economía, las costumbres y que, a través de la legislación, ejerce una poderosa e irresistible pedagogía del pueblo, y particularmente de sus clases populares. Si la vida civil y pública no se conforma con el Evangelio, en la medida de las posibilidades que, en cada caso deberán ser apreciadas por la prudencia y caridad, tendrá necesariamente que cooperar y trabajar en la tarea de descristianización. Este es el caso de Francia, de fuerte monopolio educacional, en que la escuela, el liceo y la universidad son los poderosos vehículos de descristianización. Bajo este aspecto, países como los Estados Unidos, y Bélgica, se hallan en condiciones bastante más halagüeñas para la Iglesia.

De esta suerte, bajo la influencia del laicismo burgués y del ateísmo proletario, Francia se convierte más profundamente en país de misión. Y

el cristianismo reencarnado trabaja para ello. Y lo más curioso e increíble es que en la subconciencia de los adeptos de este cristianismo se experimenta como una fruición de vivir en las antiguas cristiandades como país de misión. Parece que ello hiciera posible experiencias inéditas y el sabor originario de un cristianismo puro evangélico, con olor a Catacumbas y sentimentalmente en comunión con la realeza de Cristo crucificado.

Y hoy se siente asimismo la fruición de un catolicismo proletario. Sería un grave error, creer que son los obreros los que están en estas nuevas formas de vida religiosa. Son escritores y escritoras románticos de la burguesía; clérigos y laicos inquietos que se rehusan a realizar el trabajo oscuro y rutinario de cada día y sienten satisfacción en la invención de novedades. Esto ocupa el tiempo y entretiene la vida y da cierta aureola de éxito y renombre. Bajo cierto aspecto se siente como una inconfesada satisfacción de una *Francia, país de misión*, pues ello permite el desarrollo de una literatura religiosa, sociología, pastoral, catequesis, liturgia y espiritualidad, *nueva* para una Francia, no ya cristiandad, sino país de misión. Y así, mientras una minoría intelectual-burguesa, diseminada en capillas comunitarias, da satisfacción a un bizantinismo intelectual religioso, la masa del pueblo francés continúa bajo la pedagogía del Estado laico, burgués marxista, su terrible proceso de descristianización.

Los prêtres-ouvriers, apóstoles de choque del cristianismo reencarnado

Una vez creado el mito de la *France, pays de mission*⁶, era de esperar que el catolicismo francés se habría de movilizar para estudiar y descubrir las causas reales que le habrían convertido de nación cristianísima en *pays de mission* y para combatirlas sobre todos los frentes.

Pero de ninguna manera. El catolicismo francés se entregó entonces a crear toda una teoría que habría de hacer más profunda la era de la descristianización. Después de haber inventado el mito de que Francia no era ya una nación cristiana, inventó este otro que el porvenir pertenece al proletariado. Con los pseudo-conceptos de "civilización obrera", "el mundo proletario", "el mundo nuevo que se construye", "tierra nueva", "civilización nueva"⁷, se creó el espejismo de que el futuro pertenece a un mundo nuevo gobernado por los obreros y campesinos.

Se abandonaron entonces las directivas de la Iglesia de combatir el laicismo y el comunismo, y se aceptó por anticipado al mundo de la cortina de hierro, jugando al comunismo, creando un *catolicismo-juego* —el concepto es de Congar, en *Temoignage Chrétien*, 25-9-53—; un juego de sacerdotes obreros, apóstoles de choque, que no debían hacer otra cosa que tomar contacto con ese nuevo y extraño mundo, no por "conquista", sino por "testimonio", por "presencia en acto"⁸, sin otra actividad que desposarse con la clase obrera.

Pero es muy peligroso jugar con realidades vivas y quemantes. ¿Qué acción de presencia cumplían esos sacerdotes, en comunión de vida con los obreros adheridos a los sindicatos comunistas y comprometidos sustancial-

⁶ Véase en el *Osservatore Romano*, del 5-3-53, el artículo *Francia, país de Cristianidad* en respuesta a *France, Pays de mission*.

⁷ *L'actualité religieuse dans le monde* del 15-7-53.

⁸ Ver *Actualité*, *ibíd.*

mente en la lucha de liberación y redención del proletariado? ¿Qué actitud toman esos sacerdotes frente a las estructuras temporales impregnadas, y más que impregnadas, como confeccionadas de marxismo? Se presentan en ellas, en virtud del "Kerygma" de Cristo, profesando que en Cristo y en la Iglesia Dios es el valor supremo, y no el trabajo o el hombre, y que en Cristo y por su amor hay que aceptar la diversidad de clases sociales y hay que amar a los hombres, cualquiera sea la clase a que pertenezcan, o en cambio, guardan provisoriamente este "Kerygma" y aceptan el planteo de la dialéctica de clase para vivir más consustancializados con la clase obrera? Porque, en el primer caso, renegarían de la clase obrera y en el segundo, de su sacerdocio.

Sabido es que el drama de estas opciones —así presentado— no era puramente teórico y sabido asimismo cuál de las opciones fué preferida en los más de los casos. El catolicismo francés de este sector novedoso, con su cristianismo reencarnado, debía determinar esta experiencia dolorosa de los sacerdotes obreros ejerciendo en el mundo obrero un testimonio marxista en nombre del "Kerygma" cristiano.

No nos llamemos a engaño. Por esto, ha sido intervenido este movimiento de sacerdotes obreros. No tenían el *odor Christi* de que habla el Apóstol. No ejercían una presencia de Fe de Cristo, sino que se servían de esta Fe, para hacer acción de presencia de Marx. No nos referimos a la buena fe de estos sacerdotes. Nos referimos a la conducta que manifiestan en muchos casos y felizmente no todos, juzgada y examinada *objetivamente*, de acuerdo a los hechos y palabras. Basta estudiar los documentos reproducidos en *Documentation Catholique* del 18-10-53, 29-9-53 y 7-2-54.

Nada sorprendente que se recojan estos frutos de sacerdotes comunistas, enfeudados en el resentimiento y odio de la clase obrera, cuando teólogos de gran predicamento los exhortaban a no contentarse con decir *no* al marxismo, sino a abrazarse y a estar con él, a "desposarse con la clase obrera, estando con ella en la lucha, humanamente verdadera, e históricamente necesaria, que lleva por su dignidad y liberación".

Si se han desposado con la clase obrera y, por lo mismo, con el espíritu marxista con que la clase obrera está inficionada en Francia como clase, ¿cómo han podido dejar de ser devorados por el marxismo estos pobres sacerdotes? Han hecho sí, acto de presencia, pero no del "Kerygma" de la Iglesia, sino de este reencarnado cristianismo que, abandonando puestos esenciales, ha abrazado la dialéctica y el sentido histórico del mundo moderno —la lucha de clases humanamente verdadera e históricamente necesaria—, que desemboca, en palabras de Pío X contra el *Sillón*, en "aquel gran movimiento de apostasía organizado en todos los países para el establecimiento de una Iglesia Universal sin dogmas, ni jerarquía, ni regla".

¿Qué tiene que hacer allí el sacerdote con la presencia en acto? Acumular fuerzas y energías cristianas para hacer marchar el mundo en esa dialéctica. Es decir, que el programa de descristianización y perversión del mundo que realiza inexorablemente el Maligno se cumple también con la presencia virtual del sacerdote de Cristo y de innumerables laicos que se han dejado seducir por estas falsas doctrinas. Es una manera cómo el Maligno, el adversario, se ríe y se venga de Cristo, haciendo servir la milicia del Reino de Dios para la edificación del Reino de Satán.

Consecuencia y resultado lógico de un cristianismo que después de haberse desencarnado de las estructuras históricas que le sostenían en el camino de Cristo se une y desposa con estructuras históricas que le co-

munican con el reino de Satán. El Diablo, experimenta una fruición especial de utilizar el sacerdocio católico para su entronización.

Entonces, se nos dirá, ¿no puede haber sacerdotes en los mismos medios obreros que cumplen aquella experiencia intentada por el Cardenal Suhard? Sí, puede haberlos en absoluto. Pero aquí no nos planteamos este problema. Estamos estudiando el *caso concreto y determinado* de estos sacerdotes que, imbuídos inconscientemente del *cristianismo reencarnado*, se han dejado atraer por el espíritu diabólico del marxismo. La experiencia admirable del Cardenal Suhard ha sido desvirtuada y los frutos no han podido ser más amargos.

El cristianismo reencarnado, mala mezcla de espiritual y temporal

El concilio Vaticano en la Constitución *Unigenitus Dei Filius*, a propósito de la disminución de las verdades católicas entre los mismos católicos, enseña: "Por el hecho de esta impiedad que se ha propagado por todas partes, desgraciadamente ha sucedido que aún muchos hijos de la Iglesia Católica se han extraviado del camino de la verdadera piedad y se ha disminuído en ellos el sentido católico con una paulatina disminución de las verdades. Porque arrastrados por varias y peregrinas doctrinas, haciendo *una mala mezcla de la naturaleza y de la gracia, de la ciencia humana y de la fe divina*, resulta, como los hechos lo demuestran, que han depravado el sentido genuino de los dogmas y ponen en peligro la integridad y sinceridad de la fe".

Naturam et gratiam perperam commiscentes, he aquí la caracterización teológica exacta de este cristianismo reencarnado. Un cristianismo con una preocupación vivísima por conservarse en toda su "pureté évangélique", libre de toda alianza de formas históricas de vida, de la greco-romana, de la feudal y de la burguesa; libre asimismo del apoyo de la autoridad pública, como si la autoridad perteneciera por naturaleza al diablo; libre del apoyo del dinero de la clase patronal, como si éste también perteneciera al reino de la impiedad; y, por otra, un cristianismo que acepta y se abraza con un mundo proletario, impregnado de marxismo. Un cristianismo de "pureté évangélique" en que los *prêtres ouvriers* toman parte de una manifestación comunista del 28 de mayo de 1952, en contra del General americano Ridgway, y se traban en lucha con la policía parisense; en que un sacerdote obrero, leader cegetista, escribe en "L'Humanité" un violento artículo contra los procedimientos policiales; en que otros cinco *prêtres ouvriers* hacen una declaración en un diario comunista de Limoges, y toman partido contra la *Confederation Française de Travailleurs chrétiens* y a favor de la C. G. T. comunista para testimoniar "que el desarrollo de las luchas sindicales hoy demuestra, una vez para nosotros, la fidelidad de la C. G. T. a los intereses reales del proletariado".

Este cristianismo reencarnado, tan celoso de no mezclar la Iglesia en las cosas temporales y que por ello hace profesión laicista en la Constitución de la Cuarta República, en el delicado asunto de los dominicos y de los *prêtres ouvriers*, induce a un espíritu como Mauriac a pedir al gobierno que rubrique un concordato con la Santa Sede para hacer valer los derechos de la Iglesia de Francia contra los atropellos de la de Roma. De manera que en cuestiones temporales en que están interesados bienes espirituales se le niega el derecho a la Iglesia para luego pedir la intervención del Estado en cuestiones espirituales, que son del resorte exclusivo de la Iglesia.

Esta confusión de naturaleza y gracia determina en el catolicismo francés que comentamos, críticas frecuentes a la Santa Sede, aun al Romano Pontífice, a) porque dicta normas en problemas económicos como el de la propiedad, la cogestión y la empresa comunitaria; b) porque orienta activamente a los católicos de Italia aun electoralmente para oponerse al avance del comunismo; c) porque propicia la formación de la comunidad europea.

Pero para el que tiene ideas claras y sabe que el orden natural de la vida y de la civilización es independiente del orden sobrenatural de la gracia, pero que debe estar al servicio de éste, en razón del fin, fácil le es diferenciar cuáles son las legítimas intervenciones de lo espiritual en lo temporal. Porque si la intervención en lo temporal es, en razón del bien espiritual a obtener, ella es legítima y necesaria. Así la Iglesia interviene en cuestiones temporales, como la empresa, la escuela, la paz, la ciudad terrena, porque en ellas está implicado el bien eterno de las almas. Pero usar de la Iglesia, del sacerdocio, del Evangelio para promover campañas y causas comunistas, no sólo es ilegítimo sino impío.

*El cristianismo reencarnado pone en peligro la verdadera
encarnación de la Iglesia en el mundo actual*

Sería un error que alguien se hiciera una idea equivocada con respecto al actual catolicismo francés que estamos comentando. Este catolicismo tiene grandes méritos en el orden del pensamiento y de la acción. Está movido por un espíritu apostólico de superar situaciones perimidas y suscitar el diálogo con el mundo moderno, tratando de aprovechar y de asimilar sus inmensos valores. No todo es malo ni en filosofía ni en la praxis de la vida moderna. En este catolicismo hay un esfuerzo por penetrar en el conocimiento de la filosofía moderna, del hegelianismo, el marxismo, el historicismo, la fenomenología y el existencialismo; un esfuerzo por adquirir el sentido exacto del valor y significación de las ciencias físico-matemáticas, biológicas, y sus aplicaciones técnicas; un esfuerzo por renovar las ciencias biológicas, por una mayor profundización de la Biblia, de los Padres, y por dar ubicación histórica a los problemas teológicos y valorar teológicamente el tiempo y la historia; un esfuerzo por alcanzar una noción más profunda y comprensiva de los problemas del hombre, en su dimensión personal y social, y por lo mismo, de aprovechar para el Reino de Dios las grandes exploraciones modernas en los campos de la psicología, la sociología, la antropología y la cultura; un esfuerzo, finalmente, por adquirir una más intensa valoración de la vida espiritual, litúrgica, comunitaria y misionera.

Esfuerzo admirable, que debe ser alentado. Pero, cuidado con engañarse y crear, sin percatarse, una *nueva teoría*, un *nuevo* sentido y en ello un *nuevo* cristianismo que pondría en peligro la verdadera encarnación de la Iglesia. Porque la Iglesia, al encarnarse, no reniega de las conquistas legítimas del pasado, no se somete a una previa desencarnación, sino que, una misma siempre y eterna, va conquistando y asimilándose los auténticos valores humanos. Las admirables alocuciones de Pío XII muestran el camino de la verdadera y única, aunque sucesiva, encarnación de la Iglesia. Si Jesucristo tomó todo lo humano, aun sus debilidades físicas, también la Iglesia, que es Cristo prolongado a través de la historia, debe encarnarse sucesivamente en la historia hasta la parusía del Señor.

JULIO MEINVIELLE.